



Nieves Gómez Álvarez

Almagro como
experiencia
estética



Una edición del Ateneo de Almagro
Texto de Nieves Gómez Álvarez
Bajo licencia Creative Commons [CC BY 2.0](#)

Portada:
Pablo Sanchez from Sunnyvale, CA, USA, [CC BY 2.0](#), via
Wikimedia Commons



Carlos Delgado, CC BY-SA 3.0, via Wikimedia Commons



Almagro como experiencia estética

Este folleto es la transcripción de la conferencia que la Dra. Nieves Gómez Álvarez, presidenta del Ateneo escurialense, ofreció en el Ateneo de Almagro el 21 de septiembre de 2024 como inauguración del curso 2024-25.

Tabla de contenido

ALMAGRO COMO EXPERIENCIA ESTÉTICA	5
LA CONFIGURACIÓN URBANA	11
LA ARMONÍA	15
LA EMOCIÓN HISTÓRICA	19
LA HOLGURA Y EL REPOSO	26
LA CONVIVENCIA	29
LA EXPERIENCIA GASTRONÓMICA	31
EL ASOMBRO Y LA IMAGINACIÓN	33
A MODO DE CONCLUSIÓN	41





Nieves Gómez Álvarez

El tema sobre el que trata este escrito es uno que he experimentado vitalmente desde mi niñez y juventud, al ser de familia almagreña y haber podido tener el enorme privilegio de pasar largos veranos y otros periodos de vacaciones en la villa; pero que ha estado presente cada vez que, ya como mujer adulta, he vuelto a este lugar en el que reposan mis abuelos paternos y maternos, así como mi madre. Una experiencia que se ha avivado aún más desde que soy profesora de Creatividad y experiencia estética en la Universidad Villanueva de Madrid y me he convertido en una buscadora de experiencias estéticas. Esta experiencia es la vivencia de que Almagro es una ciudad que nos sumerge en la belleza y nos abre hacia la irrealidad, esa dimensión indispensable de la persona, ligada con la imaginación.

Sumando a esas vivencias continuadas mis lecturas más recientes, he podido comprobar que este enfoque está

plenamente justificado. Voy a intentar desgarnar por qué en el presente escrito.

En primer lugar, el visitante va llegando a Almagro y descubre un paisaje amplio y abierto, que invita a pasear la mirada por él y disfrutar los colores claros y distintos: los amarillos de los campos, que en ocasiones se cubren del verde de las viñas o los



*Silo de Almagro,
Américo Toledano, CC BY-SA 4.0, via Wikimedia Commons*

olivos; el azul celeste; de repente, los suelos rojizos. Los campos extensos con pequeños montes al fondo parecen constituir un escenario para vivir. Almagro es, divisada desde lejos, un elegante oasis blanco, con las alturas de sus iglesias: Madre de Dios, los Dominicos, el “aspiracielos” –no llega a



*Calle Bernardas de Almagro,
Zaratesman, CCO, via Wikimedia Commons*

rascacielos–, que es el Silo. Es una ciudad que, brotando de ese enorme escenario quijotesco que es La Mancha, invita a bajar de la montura y explorarla con atención. ¿Qué es lo que se encuentra el visitante cuando ha aparcado el coche y se decide a recorrer sus calles?



La configuración urbana

Almagro es una ciudad habitable, en la cual uno se siente alguien, persona. Esta villa que no llega a 10.000 habitantes y que



Vista aérea de Almagro. Google Maps

ha ido creciendo a lo largo de los siglos como una mancha de aceite, es un sitio amable para vivir.

Incluso sus días de agosto, tan calurosos, cuentan en muchos casos con patios refrescantes y la posibilidad de crear corrientes. En tiempos recientes, los modernos aires acondicionados aligeran este inconveniente del clima continental.

El visitante que llega a ella se encuentra que es una ciudad cómoda –es llana y los que venimos de una población llena de cuestras, como San Lorenzo de El Escorial, sabemos la gran ventaja que eso significa–, con ese espacio asombroso que es su Plaza



Plaza Mayor

Américo Toledano, CC BY-SA 4.0, via Wikimedia Commons

Mayor, de la que el rey Juan Carlos I dijo en cierta ocasión, en los albores del Festival de Teatro, que era “un milagro”.

Esa Plaza Mayor, creada por los monjes calatravos con fines comerciales y militares, que vertebra con sus 81 columnas toscanas y sus galerías verdes de ensueño todo lo demás: desde



Plaza Mayor.
Américo Toledano, CC BY-SA 4.0, via Wikimedia Commons

los caminos que en siglos pasados llevaban a Granada, Ciudad Real o Bolaños hasta los recintos donde hoy día caben los desfiles de moda, el caracol de los “armaos” en la Semana Santa o las

representaciones de teatro callejero en las tardes de julio. Almagro es una ciudad que, gracias a sus dimensiones, invita como Atenas y Roma a ser social, a “darse una vuelta por la plaza”, a ver y ser visto.



Plaza Mayor.

Américo Toledano, CC BY-SA 4.0, via Wikimedia Commons

La armonía

No hay nada como perderse por sus calles tan cuidadas como para darse cuenta de que aquí todo es importante, el encalado de las blancas paredes, la altura similar de las viviendas, la sinuosa rejería de ventanas y balcones que hubiera hecho las delicias de Gaudí-, las centenarias puertas, los cantos rodados que asfaltan las calles, los limpios azulejos que muestran el orgullo de pertenencia a un pueblo de blasones, héroes y banqueros.



Zarateman, CCO, via Wikimedia Commons

En Almagro tiene uno que ir con los ojos bien abiertos, los ojos de la lechuza ateniense que atiende a toda la realidad sin dejar en la sombra nada, pues es un lugar en el que es difícil encontrar algo turbio o mezquino. De una manera que no me deja



Pradillo del palacio de los condes de Valdeparaíso
[Pablo Sanchez from Sunnyvale, CA, USA, CC BY 2.0](#), via Wikimedia Commons

de admirar a lo largo de los años, ha conseguido ser una ciudad “libre de pintadas”, especialmente su casco histórico. Puedo uno ir mirando hacia arriba, que verá los azulejos con los nombres de

algunas calles, como Gran Maestre, Elvira, Palomo o uno muy divertido, el de la calle Sima.



Rótulo de la calle Sima
Nieves Gómez

Pero da igual, si mira hacia abajo, a veces se encontrará también el refinamiento en el pavimento, como en los empedrados que forman dibujos, en la calleja que va camino al Parador, en el Pradillo del Conde de Valdeparaíso o, simulando una alfombra, en la entrada de Madre de Dios.



Pradillo del palacio de los condes de Valdeparaíso
Roberto Mendès



Baldosa del Convento de La Asunción.
GFreihalter, [CC BY-SA 3.0](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:GFreihalter_-_Baldosa_del_Convento_de_La_Asunci3n.jpg), via Wikimedia Commons

La emoción histórica



Entrada al Callejón del Toril desde la Plaza Mayor
LBM1948, [CC BY-SA 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/), via Wikimedia Commons

Haber paseado desde mi infancia por la calle de mi patrona, Nuestra Señora de las Nieves, el Callejón del Toril, el Callejón del Villar, haber subido con mis hermanos, primos y amigos a la

estatua del Adelantado Diego de Almagro o haber ido los domingos a la misa en la iglesia de San Bartolomé, el antiguo colegio de los jesuitas, no me ha inmunizado contra la sensación de estar



Estatua del Adelantado Diego de Almagro

disfrutando, cada vez que he vuelto, de un sitio único, una tierra volcánica y fértil no solo en viñas y olivos, sino en historias personales.

Almagro es un lugar en el que uno es consciente de que es parte de una historia extraordinaria, una historia que no se ha quedado enquistada o detenida, sino que ha sabido reinventarse y proyectarse de un modo fascinante. Reconozco que una de las vivencias históricas que más me emocionan es, al contemplar lo que queda de la Universidad del Rosario, la iglesia en la que trabajaron Alonso de Covarrubias y Correa del Vivar -y en la que mi padre trabajó, en el siglo XX, cuando fue fábrica de muebles-, pensar en los estudiantes que durante 250 años aprendieron en



Universidad de Nra. Sra. del Rosario.
GFreihalter, [CC BY-SA 3.0](#), via Wikimedia Commons

sus aulas Derecho, Teología, Sagradas Escrituras o mi área, Filosofía. ¿Qué sabiduría alcanzaron? ¿Cómo ayudaron a construir la sociedad de su tiempo? ¿Qué escribieron? Es un sitio que, como el jardín de la Plaza Mayor, con su estatua de D. Diego cabalgando en dirección a Perú y Chile, nos proyecta irremediabilmente a América, pues su artesanado fue hace años trasplantado a Monterrey, en México.

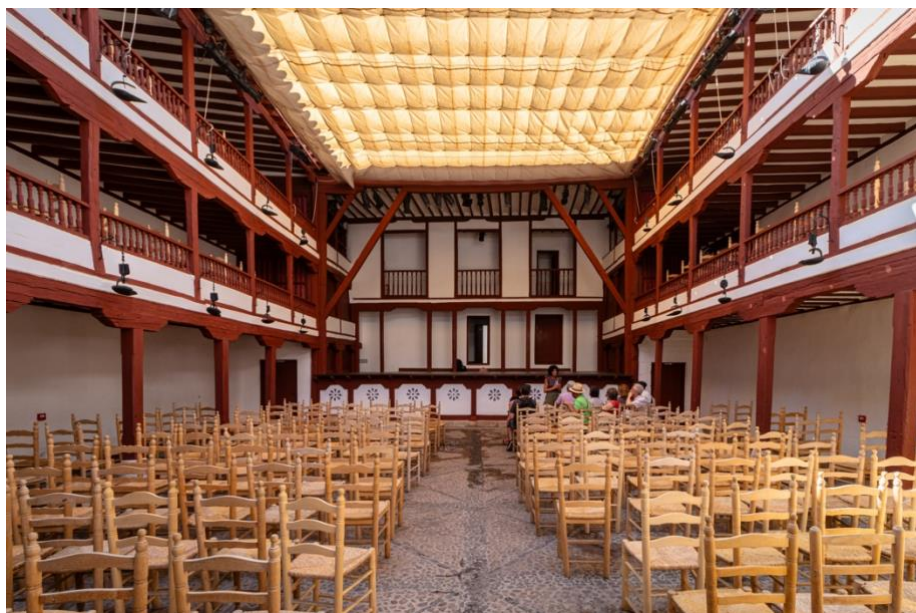


Dentro de esta emoción histórica sin duda debo añadir la que me embarga cada vez que entro, como esta mañana, al Corral de Comedias, esa maravilla del siglo XVII, recuerdo bien vivo de que estamos instalados en una de las grandes lenguas de la humanidad, que no se ha conformado con elaborar Ciencia o Teología -en época reciente también Filosofía- sino esa muestra de la capacidad simbólica humana que es la Literatura.



*Azulejo en el Corral de comedias.
Pablo Sanchez from Sunnyvale, CA, USA, [CC BY 2.0](https://creativecommons.org/licenses/by/2.0/),*

No hay nada como pasar al Corral de Comedias para darse cuenta de que somos parte de una historia espléndida, que ha tenido y aún tiene mucho que contar.



Corral de comedias.

Rafa Esteve, [CC BY-SA 4.0](#), via Wikimedia Commons

Dentro de él, a la par que las bien templadas y rimadas voces teatrales, nos parece oír las voces del pasado, pero no voces fantasmáticas que solo nos recuerdan lo mortales que somos, sino esas voces de personas que han vivido, dramas, comedias o tragedias, pero sin duda vidas intensas. Tendré que volver más adelante sobre ello bajo otro prisma.



Escenario del Corral de comedias.

Pablo Sanchez from Sunnyvale, CA, USA, [CC BY 2.0](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Corral_de_comedias.jpg), via Wikimedia Commons

La holgura y el reposo

Ciertamente, mis venidas a la villa manchega han sido habitualmente en periodos de vacaciones, por lo que yo siempre la asocio a la necesaria desconexión de las faenas cotidianas -es el Ateneo de Almagro el que está consiguiendo que venga yo en épocas “de trabajo”, a presentar libros, a dar conferencias-. Pero también es cierto que algo tiene este lugar, que es llegar a él, dejar de oír tanto tráfico y empezar a oír el repiqueteo de los bolillos,



Encajera haciendo bolillos.

M. Martín Vicente, [CC BY-SA 4.0](#), via Wikimedia Commons

escuchar las campanas o contemplar cualquiera de sus plazas, con personas que conversan apaciblemente en sus terrazas y descubrir una gran verdad: Almagro no es un lugar para venir con prisa, Almagro es un lugar para quedarse. Así lo hacen sentir incluso los alojamientos, que lo anuncian con su nombre, como “El Retiro del Maestre”, que es capaz de ofrecer al visitante un entorno plenamente castellano, de tal modo que nos siga hablando de otros tiempos siendo cálido y acogedor, invitando efectivamente a “retirarse” por un tiempo.



Patio del hotel Retiro del Maestre

Hay ciertos sitios donde se puede gustar especialmente el reposo: la muy bella plaza de Santo Domingo, con la ganancia bien reciente de la restauración del Palacio de Torremejía, gracias al buen gusto del empresario mexicano Mauricio Fernández Garza. O el pradillo del Conde, enfrente del Palacio de Valdeparaíso, un lugar donde antaño se levantó el Hospital de las Ánimas, que han debido elegirlo para seguir morando en paz, pues es uno de los mejores lugares donde degustar el néctar de la tranquilidad en las noches de verano.



Palacio de los marqueses de Torremejía.
Rafa Esteve, [CC BY-SA 4.0](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Palacio_de_Torremejia.jpg), via Wikimedia Commons

La convivencia

Uno de los datos más asombrosos sobre Almagro es la cantidad de iglesias, conventos y ermitas que llegó a tener, siendo como siempre ha sido, un lugar de proporciones modestas, que se puede circunvalar tranquilamente en un paseo. Desde hace unos años, Almagro ya no cuenta con comunidades religiosas, por distintas razones, pero un recorrido por sus calles muestra que fue durante mucho tiempo justo eso: un foco de comunidades espirituales, donde sus miembros tenían aspiraciones divinas.



Convento de La Asunción
Rafa Esteve, [CC BY-SA 4.0](#), via Wikimedia Commons

Quiero pensar que ese espíritu ha traspasado los muros del Convento de la Asunción de Calatrava, las Bernardas o la Encarnación y ha invadido fecundamente la población entera, pues Almagro es un lugar en el que se manifiesta una enorme vitalidad humana.



Claustro del Convento de La Asunción.
GFreihalter, [CC BY-SA 3.0](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Claustro_del_Convento_de_La_Asunci3n.jpg), via Wikimedia Commons

La experiencia gastronómica

Uno de los aspectos en los que se muestra esta convivencia es justamente la personalidad culinaria que Almagro ha conseguido a fuerza de trabajo bien hecho a lo largo de generaciones. Una villa que ha conseguido ser conocida en todas



Berenjenas de Almagro .
[Tamorlan](#), [CC BY-SA 3.0](#), via [Wikimedia Commons](#)

partes, a nivel nacional e internacional, por el emblema de sus berenjenas aliñadas, se merece toda una reverencia barroca con sombrero de plumas incluido. Pero no es solo la *Solanum melongena*. Todos los aquí presentes hemos podido comprobar a estas alturas que, en Almagro, comer es todo un arte: sus deliciosos quesos y embutidos, sus

pistos con unos pimientos y tomates de sabor inverosímil, sus carnes y cazas, sus vinos, panes y flores de calatravas son exquisitos, muestra de varias tradiciones centenarias que en épocas recientes son reinventadas una y otra vez. Almagro ofrece una experiencia estética de corte gastronómico que sin duda merecería una Escuela de Hostelería, complementaria al Centro de Tecnificación Gastronómica, donde se puedan cocer a fuego lento, desde los primeros fundamentos culinarios, unos cuantos cocineros y cocineras del mañana.



Queso manchego.

[cyclonebill](#), [CC BY-SA 2.0](#), via [Wikimedia Commons](#)

El asombro y la imaginación

La experiencia estética es una que tiene que ver con las artes, y mucho más en concreto, como ya sabían los pitagóricos, con la concentración de los sentidos. La experiencia estética produce una suspensión de la voluntad y un placer que queremos se prolongue.



*Puerta del Palacio de los condes de Valdeparaíso.
Américo Toledano, [CC BY-SA 4.0](#), via Wikimedia Commons*

En Almagro nos encontramos las artes, a pesar de su pequeño volumen, con gran profusión: la arquitectura de plazas, palacios, iglesias, patios, escaleras magníficas de piedra; las pinturas

extraordinarias de San Agustín o la ermita de San Juan, o las más modernas de Antonio Laguna -vecino y bien conocido de esos años de niñez-

También está la escultura, con la presencia del airoso D. Diego en la plaza, o de la laboriosa encajera en la Ronda.



Escalera del Convento de La Asunción.

GFreihalter, [CC BY-SA 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/), via Wikimedia Commons

No podemos olvidarnos de la música –he oído conciertos de gran calidad en la ermita de San Blas, el legado de los banqueros Függer en Almagro–; y sé además que el Ateneo de Almagro ha

organizado, en el Museo Nacional del Teatro, eventos notables como el de “Música y vino”, que resultó totalmente desbordado por el público que quería acercarse a tener ambas vivencias juntas.

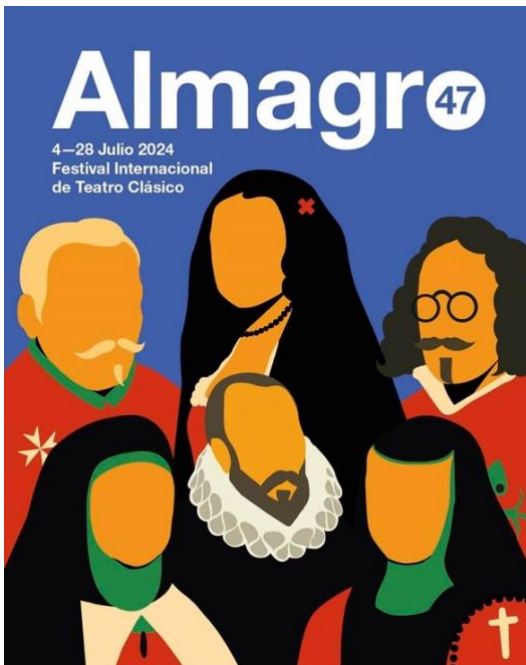


Reja del Teatro Municipal de Almagro.
GFreihalter, [CC BY-SA 3.0](#), via Wikimedia Commons

Por otra parte, está el cine –Almagro tiene también su festival cinematográfico– y además ha sido escenario de películas; y sí, de manera irremediable está el Teatro, que a veces implica también danza y moda. Por cierto, cada vez que entro en el recinto del Corral de Comedias, no puedo dejar de pensar en lo que

significaría contar en la villa almagreña con una Escuela de Artes Escénicas, en la que jóvenes talentos pudieran entroncar con la tradición teatral centenaria desde los inicios de su carrera artística.

Almagro se convierte en toda una experiencia estética cada mes de julio, desde hace 47 (en el año en que escribo este texto, en 2024) –mis años y los del Festival van prácticamente parejos–, pues ha sido capaz de rodearse del aura que tiene esta



forma de arte, en la cual asistimos a vidas humanas, y que se representa, de manera única, para nosotros espectadores. Si alguno no lo ha vivido, es difícil expresar con palabras cómo la villa encajera se transforma en un gran teatro en activo, donde prácticamente todos los

sitios posibles tienen su historia que contar, su escenario que montar y su música que tocar.



Teatro Hospital de San Juan.

Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro, [CC BY-SA 2.0](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/2.0/), via Wikimedia Commons

Recuerdo con gran placer una representación de *El enfermo imaginario* de Molière en la Plaza de San Juan, con el marco de la preciosa iglesia de fondo y las sillas en los jardines, cómo los espectadores reíamos ante las ocurrencias de Argan, Angélica y Luisita, subidos con una especie de trajes con zancos para poder ser mejor admirados sobre el escenario. Almagro se ha convertido por eso en un paradigma de lugar que no basta con haber sido imaginado una vez, sino que empuja a hacerlo una y otra vez. De forma mucho más reciente, el pasado verano pude volver a experimentar esta admiración siendo espectadora de *El monstruo*

de los jardines, de Calderón de la Barca o de *Los bandos de Verona*, la versión española de *Romeo y Julieta* con final feliz. ¿Qué hay, comparable a la emoción de escuchar unos espléndidos versos bien declamados a la luz de la luna y bajo las estrellas? Espero poder volver a tener esta experiencia en numerosas ocasiones más, en sucesivos Festivales Internacionales.



Plaza Mayor. LBM1948 CC 4.0 via Wikimedia Commons

Almagro nos recuerda, aún más en un mundo audiovisual como el que vivimos, que parece requerir una individualidad abstraída y una interioridad claustrofóbica, que el teatro se vive colectivamente, que se ríe y se llora con otros y bajo un cielo

limpio. Y que oír las meras voces humanas, sin mediación tecnológica, sigue siendo una ganancia.

Con frecuencia hablo a mis alumnos sobre esa ópera asombrosa, compuesta por un italiano, pero en ambiente tan español, como es *El barbero de Sevilla*, en la versión realizada en el Teatro Real de Madrid en 2005. ¿Por qué hablarles de ópera a jóvenes de 20 años en una época de rap y reguetón? Porque creo que es humanizante escuchar las voces poderosas de Juan Diego Flórez como el Conde Almaviva y de Pietro Spagnoli como Fígaro.



Puerta de la ermita de San Blas.
Américo Toledano, [CC BY-SA 4.0](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Puerta_de_la_ermita_de_San_Blas.jpg), via Wikimedia Commons

Yo he elegido hoy el tema de Almagro como experiencia estética, pero sin duda Almagro y la voz humana hubiera sido otro buen tema.



A modo de conclusión

Hemos hablado bastante sobre Almagro y su aura estética en estos minutos, pero quisiera terminar mi conferencia en un cierre de círculo. A la altura de la vida en la que me encuentro ahora, me doy cuenta de que haber tenido el gran privilegio de absorber todo este alimento estético durante mis primeros años seguramente es la razón por la cual no he podido elegir en los



Monasterio de El Escorial, vista nocturna.

[Malopez 21 Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International](#)

subsiguientes un lugar cualquiera para vivir. Desde hace cinco, tengo de nuevo la inmensa suerte de vivir en un sitio único, como es el entorno escurialense, en su vertiente “valle”, como es El Escorial, o en su vertiente “cima”, como es San Lorenzo.

Un lugar donde de nuevo he encontrado elementos similares a los de la villa almagreña, que debemos compartir ambos Ateneos, como el Teatro: el lugar escurialense cuenta con el Coliseo Carlos III, del siglo XVIII, que podríamos decir que es la continuación de la historia teatral, y además recuperado en época pareja al Corral.



Real Coliseo Carlos III de El Escorial

Cuando contemplo a menudo las estampas inigualables del Monasterio u oigo sus campanas, como recientemente, durante la fiesta de su patrona, la Virgen de Gracia; cuando veo a las personas sentadas en su Plaza del Ayuntamiento o vivaces a la salida de una función teatral o musical en el Auditorio del Real Sitio, no puedo menos de pensar que es un lugar construido para ser vivido también como una experiencia estética de continuo.



Ayuntamiento de San Lorenzo de El Escorial.

[Zarateman](#). [Creative Commons CC0 1.0 Universal Public Domain Dedication](#).

En su *Crítica del juicio*, Kant relacionaba la experiencia estética con la sublimidad: una realidad que nos deja sin palabras, porque no podemos poseerla ni acotarla. Creo que esta palabra es la que bien le cuadra a Almagro cuando de su experiencia estética se trata, aunque en su caso no es la sublimidad de las estrellas, lejanas e inalcanzables; o la de la tempestad, furiosa y temible, sino la vivencia de que estamos ante una sublimidad construida por el ingenio humano.



Ventanas de la Plaza Mayor de Almagro.

[LBM1948. Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International](#)



